



June Tracy

EL LOCALISMO COMO MARCO DE EXPLORACIÓN PARA LA ESCUELA

Por Sheila Giesbrecht
Traducido por Francisco Javier Díaz

Mi madre cuenta la historia de la vida en su idílica temprana niñez. Vivía en una granja de melocotones con su familia, y su vida estaba llena de pasatiempos locales: recoger la fruta, atender el jardín y la venta de los productos en el mercado local de granjeros. En las cálidas tardes de verano su abuela y sus primas solían venir de las granjas vecinas a jugar en el desván donde guardaban el heno. Entre canciones, picnics en familia y eventos en la comunidad, así transcurría la vida *local* de mi madre.

En la actualidad, la vida de mi familia es radicalmente distinta a la de mi madre. Cada mañana nuestra familia se separa. Yo viajo a diario hasta mi oficina mientras mis hijos viajan al colegio. Volvemos a casa por la tarde con bolsas de comida del supermercado local. Por la noche nos sentamos frente al televisor a mirar la vida de otros, más divertida, más interesante y más glamorosa que las nuestras. Nuestras vidas están estructuradas por los valores modernos de la movilidad, el consumo, el entretenimiento y la elección.

Nuestra orientación social hacia los valores modernos de movilidad, consumo,

entretenimiento y elección plantea serios retos sociales y medioambientales, que requiere que vayamos hacia otros modos sostenibles de vivir como una sociedad. El *localismo* es una idea filosófica que puede proporcionar un marco donde dirigirnos en esa dirección. En este ensayo, intentaré crear un panorama de lo que supone el *localismo* y de cómo una reorientación de la educación en estas ideas puede ayudarnos a retornar a un modo de vida más humano y sostenible.

El *localismo* es una idea donde los individuos y las comunidades priorizan lo local frente a lo global. Todo lo local, alimentos, cultura, negocios, asuntos, proyectos, se convierten en importante. Los individuos orientados hacia el *localismo* prefieren comprar una manzana en el mercado de granjeros, en lugar de comprarla en un supermercado que la ha recibido de algún lugar lejano. Los individuos orientados hacia el *localismo* prefieren acudir a un evento cultural de su comunidad antes que ver la última película de Hollywood. En una orientación local, las ideas, las cuestiones, la gente y la comunidad se convierte en lo importante. La fuente de la creatividad, de la vida y del sustento para las familias y las comunidades pasa de lo externo a lo local.

Para Gruenwald (2003) el *localismo* es una forma de re-habitar. Él sugiere que el *localismo* se puede ver como un marco conceptual que guíe a nuestro entendimiento sobre lo que significa morar, vivir, en nuestro mundo. Comprometerse en acciones que demandan interacción, negociación y cooperación con aquellos que viven en nuestro entorno, requiere capacidades humanas más complejas que aquellas necesarias en nuestro mundo moderno y tecnológico. Las comunidades que se comprometen unas con otras - a través de los negocios, las empresas, las discusiones sobre diferentes cuestiones locales, de proyectos colaborativos - deben pasar de un compromiso teórico a uno concreto con la vida. Para escoger la re-habitación de Gruenwald yo debo comprometerme con mi vecino por encima de los mundos virtuales, y las cuestiones locales por encima de la admiración por las películas de Hollywood.

De manera análoga, la idea del *localismo* sirve como un modelo conceptual adecuado para la educación. Como nuestras propias vidas, nuestros colegios están fragmentados, desunidos y orientados hacia la movilidad y los mundos externos. La experiencia de mis hijos en la escuela es una experiencia fragmentada. Cada 45 minutos, cambian de asignatura, de profesor, y de ideas. A menudo estas ideas se encuentran desconectadas y carecen de relevancia y significado para sus vidas. En Matemáticas aprenden las fracciones. En Ciencias Naturales aprenden sobre la mitosis y en clase de Conocimiento del Medio aprenden sobre la deforestación de Brasil. Un debate acerca del significado de estar vivos y comprometidos con su comunidad se echa en falta desde la pedagogía y desde la experiencia educativa diaria.

La estructura organizativa de la lección tradicional de “objetivos → materiales → proceso → evaluación” marca su día a día y su trabajo. Me pregunto acerca de la experiencia de mis hijos en la escuela y de cómo un modelo más *localizado* podría conformar sus vidas como ciudadanos más reflexivos de este mundo.

Pensando en los autores de diferentes disciplinas que han hecho una llamada a re-habitar nuestro mundo – el ambientalista Edgard Abbey, el granjero Wendell Berry, el teólogo Thomas Merton y el arquitecto Christopher Alexander – me siento sensibilizada por los temas comunes de sus trabajos. Mientras su llamada al *localismo* parece distinta, cada uno



aboga por la importancia del hogar y del lugar, la reflexión y el diálogo, y una acción final y la politización de nuestros corazones y nuestras mentes. Cada uno de ellos llama a una transformación radical de nuestro modo de ver las cosas que tiene lugar a través del compromiso activo con nuestras comunidades y nuestras vidas. En esta transformación de nuestro *yo-mismo* alcanzamos a ser ciudadanos compasivos y sostenibles con nuestro mundo, tan desesperadamente necesarios en los tiempos que corren.

Como educadora y madre, tengo sueños para mis hijos. Sueño que son ciudadanos seguros del mundo y sueño con una escuela que fortalece esos sueños. Sueño que pasan de un sistema escolar fragmentado gobernado por un timbre a otro integrador, de acercamiento exploratorio al curriculum y al aprendizaje.

Me imagino a mis hijos yendo cada mañana al colegio y explorando su mundo. En lugar de estudiar las inundaciones del Delta del Nilo, estudiarían los patrones de inundación de nuestro río local, que se desborda cada primavera, a menudo afectando las casas y los campos. Llegaría a comprender el impacto de los deslizamientos de las casas hacia los ríos, los vertidos de aceite en las granjas y el impacto de un dique recién derrumbado alrededor de comunidades aisladas. En lugar de estudiar la selva brasileña, estudiarían el efecto de la reducción de los bosques-galería fluviales. Podrían hacer una salida al bosque de la localidad y catalogar las especies únicas de ranas y plantas que crecen en él. Quizás podrían caminar por las zonas residenciales cercanas al ecosistema de bosque de rivera y determinar que las apacibles casas de la gente son más importantes que el propio ecosistema. En cualquier caso, llegarían a conocer sus propios asuntos, a la gente y a su comunidad. Las ideas



de pesticidas en las ensaladas, de modo que menos cantidad de pesticidas fueran a parar al río de la localidad. Quizás haría un dibujo o escribirían un poema para abogar por la difícil situación de los pueblos indígenas afectados por la

deforestación. Quizás invitarían a otro colegio a unirse a ellos en la creación de un documental sobre el impacto de las inundaciones en la comunidad local. Los criterios de valoración se convertirían en la transformación de las mentes y espíritus hacia una empatía y bondad, más que en una memorización de los hechos sobre cómo se ensanchan los ríos.

abstractas de ecosistemas, ecología, necesidades de la comunidad y conceptos científicos se harían más concretas. Las ideas simplificadas de bien o mal, agricultura y medioambiente, y negocios y personas aparecerían más complejas. Con las exploraciones más profundas y ricas del medio local, mis hijos llegarían a ser capaces de entender mejor la experiencia recién vivida de las últimas inundaciones del Río Yang-zé en China o las selvas de Brasil.

Me imagino a mis hijos comprometidos en una reflexión y diálogo auténticos. En lugar de centrarse en hechos memorísticos, mis hijos se preguntarían “¿Qué hechos son los importantes?, ¿Qué cosas debemos saber?, ¿Qué hechos son ciertos y cuáles son falsos?”. En lugar de centrarse en la consecución de resultados curriculares estandarizados, mis hijos reconstruirían con la ayuda de profesores y compañeros de clase el conocimiento relevante para sus vidas. Quizás explorarían el impacto de las inundaciones en la nación de los Cree en Manitoba Septentrional o explorarían el impacto de los pesticidas vertidos al río de la localidad. Marcos curriculares directivos serían reemplazados por marcos curriculares dirigidos por las preguntas de los estudiantes, por la reflexión y por el diálogo.

Finalmente, me imaginaría la escuela como un lugar para la evolución de corazones en crecimiento y como un lugar para la transformación en corazones y mentes curtidas. Me imagino a mis hijos moviéndose de exploraciones locales, de la reflexión y el diálogo hacia la acción y la politización. En vez de “cerrar el libro” sobre un asunto como la degradación medioambiental o el desbordamiento del río después de una clase o un semestre, mis hijos pasarían a la acción. Quizás ellos serían partidarios de que la señora del comedor del colegio utilizara tomates libres

En nuestras escuelas miramos hacia mundos lejanos como nuestra fuente. Confiamos ciegamente en que los marcos curriculares nos guiarán hacia “lo que es importante”. Le damos el poder de conocer lo que deberíamos saber a la Administración y a los que redactan los currícula en las capitales y en las oficinas de los organismos públicos. Como un añadido al curriculum y la pedagogía requeridos, exploramos lo local. Realizamos excursiones al campo y exploramos el matorral de detrás del colegio. Trabajamos con otros profesores en nuestro colegio para elaborar unidades enlazadas de manera interdisciplinar.

Me pregunto qué sucedería si le diésemos la vuelta a nuestro modelo, si lo volviésemos del revés. ¿Qué pasaría si con el tema “dentro de” nuestro propio mundo?. ¿Qué pasaría si confiáramos en nuestros mundos más próximos como nuestra fuente, y nos fiásemos de que nos guiasen nuestras comunidades y estudiantes hacia “lo que es importante”? ¿Qué pasaría si diésemos el poder para seleccionar lo que debemos saber a nuestra clase y a nuestros colegios?. ¿Qué pasaría si nuestros “añadidos” se convirtieran en el curriculum requerido y la pedagogía oficial de nuestra administración?. ¿Qué pasaría si añadimos hechos, y gráficas de datos y marcos curriculares que suplementen lo que ya hemos experimentado y explorado?.

Una pedagogía educativa y transformativa

La organización de nuestro sistema educativo con pruebas estandarizadas y currícula centralizados parece onerosa. Es probable que métodos educativos más innovadores y comprometidos para nuestros jóvenes sean necesarios si vamos a crear una sociedad que sea capaz de cuidar nuestro mundo. Mientras sea difícil concebir cómo nuestro sistema

educativo pueda ser puesto del revés y dado la vuelta, una educación *localística* podría aportar capacidades comprensivas.

Schumacher (1977) sugiere que los problemas humanos no se pueden resolver únicamente mediante el pensamiento racional y que los problemas divergentes de nuestro mundo requieren de mayores esfuerzos de sabiduría, compasión, entendimiento y amor. Parece posible que el marco organizativo del *localismo* puede servir como modelo conceptual para abrir los espíritus de los chicos y chicas hacia estos principios transformadores de amor y respeto mutuos.

Sheila Giesbrecht es educadora, interesada en metodologías basadas en el lugar, asuntos urbanos y las experiencias educacionales de estudiantes de contexto socioeconómico deprimido. Sheila trabaja en la actualidad como asesora del gobierno enfocada a la mejora del éxito académico de los estudiantes de bajo nivel económico. Para contactar con ella: sheila.giesbrecht@gov.mb.ca.

Traducción: Francisco Javier Díaz, biólogo por la Universidad de Sevilla. Profesor de Educación Secundaria en el Instituto Kursaal, Algeciras (España). Especialista en Ciencias Medioambientales y de la Tierra y en temas de Convivencia y Disciplina en la escuela.

Referencias

Schumacher, E.F. (1977). *A guide for the perplexed* (Una guía para los perplejos). New York: Harper and Row.

Thomashow, M. (1995). *Ecological identity: becoming a reflective environmentalist* (Identidad ecológica: convertirse en un ambientalista reflexivo). Cambridge, MA: The MIT Press.

Gruenewald, D. (2003). *The best of both worlds: a critical pedagogy of place* (Lo mejor de ambos mundos: una pedagogía crítica del lugar). *Education Researcher*, 32 (4), 3-12.